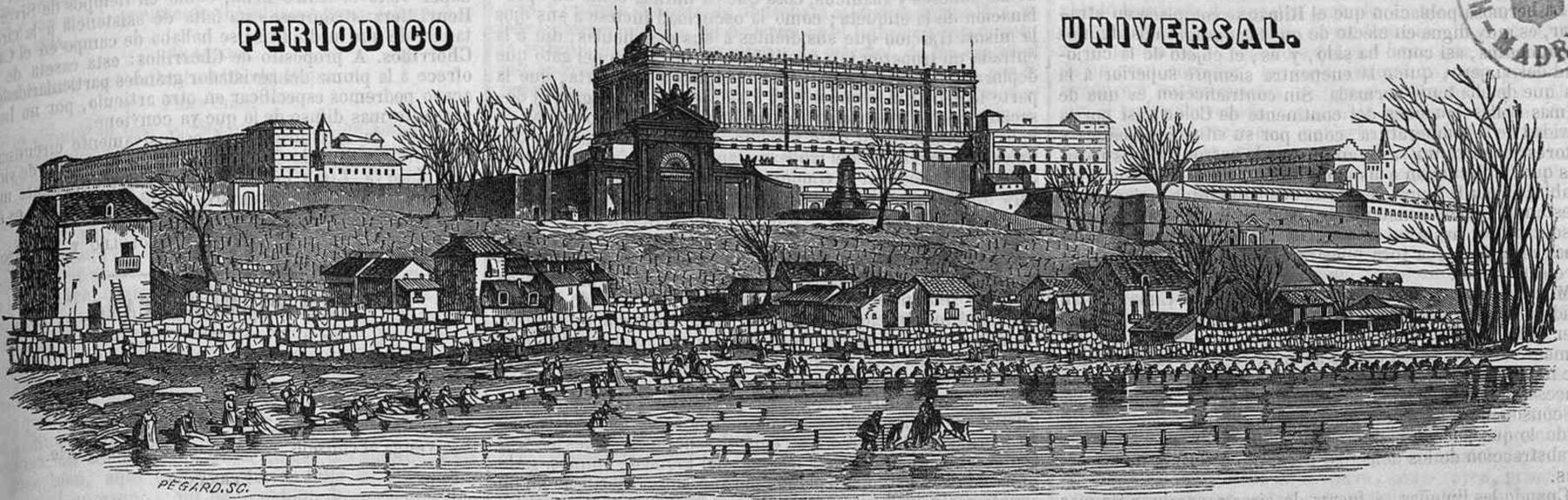


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 230.—SÁBADO 23 DE JULIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE PARIS.

Los Rusos han pasado felizmente el Pruth, dicen los alegres ciudadanos de la buena capital del vecino imperio; parecemos nosotros del mejor modo posible estos Dardanelos de calor que nos achicharran con sus bocas de fuego. Y así lo hacen, entregándose á todas las locuras que permite la estación, sudando á mas y mejor y ofreciendo en el acto títulos de la Bolsa en baja, por obtener en cambio un cuarto de hora de brisa en las abrasadas orillas del ardiente Sena.

Otro efecto de las noticias de Turquía en la epidémica estación de los calores: los diplomaticos, los periodistas, los ociosos de los Bulevares, los aristócratas, los imperialistas, los republicanos, las modistillas y los graves especieros han dado en la flor de hablar en bárbaro, á consecuencia de las faces que presenta, un día sí y otro no, la cuestión de Oriente. Se anuncia canela de Besika, se hacen manteletas transparentes del Danubio, se habla de una secta política conocida por el Mar negro, y se disponen bailes campestres moldavos y válacos.

La guerra pues está á dos mil leguas del pensamiento de nuestros amables vecinos, que se vuelven locos de júbilo en medio de las dulzuras que les proporciona durante el verano la paz universal. ¿Cuándo se ha hablado tanto en París de

fiestas campestres, teatrales y musicales? ¿Cuándo se han visto tan alumbrados por el gas los famosos jardines de invierno? Chateau-Rouge convida á los hombres pensadores; Ranelagh á los bailarines incansables, y Asnieres á las mamás que apetezen, ante todo, sombras inamovibles. Además está allí Grenelle con sus regatas, Rambouillet con sus charangas eternas, y Compiègne con un bosque, en el cual se compendian, como por encanto, todas las maravillas de la creación.

Y con todo, los habitantes de París esperan con impaciencia la emoción mas sorprendente, las aguas de Versalles, porque están dispuestos á abandonar en todo tiempo los mas caros intereses por verlas correr. Lo indudable es que, hasta ahora, los Tritones y las Náyades se obstinan en permanecer como antes, como si la turba no se hallase en estado de funcionar delante del público. Además, cuestan mucho estas representaciones, se teme que alguna nubecilla se apresure á aguar la fiesta, y que la concurrencia se aleje, esponiendo á un fiasco bochornoso á las divinidades acuáticas.

Pero Versalles, á pesar de que no contiene bastantes casas para la multitud de habitantes que ha llovido el cielo en su recinto, está haciendo furor por las revistas de la llanura de Satory. Decía una favorita de Luis XV: *no me gusta que los hombres de hierro maniobren como soldados de plomo*. Pues bien: esta agudeza no tiene hoy aplicación, porque en la segunda batalla de Isly, representada en Versalles, era tal el ar-

dor de la tropa, que los jefes se vieron precisados á moderarlo, y no sería la primera vez que en el calor de la acción hubiesen tratado los soldados á sus camaradas como á verdaderos beduinos. El ejército inglés reunido en el campamento de Cobham está imitando las maniobras de Satory, pues se trata del ensayo de una nueva máquina mortífera, aceptada como invención filantrópica, porque en vista del axioma del sabio M. Dupin, *el arte perfeccionado de la destrucción es la prenda mas segura de la paz universal*.

El hombre-velador ha caído á tierra antes de remontarse sobre el Arco de la Estrella; el nuevo Icaro ha evitado la suerte fatal de su predecesor griego, porque tenía á mano el globo Godard: el viento le ha jugado una de las suyas, pues el tiempo estaba muy revuelto.

Se han publicado en París dos anuncios interesantes: las Memorias de Mme. Lafarge, escritas por la tristemente célebre heroína del Glandier, y el Atlas del emperador Napoleon, especie de obra guerrera, en la cual trazó el conquistador los planes de sus campañas desde la de Austerlitz hasta la de Waterloo.

M. Mailly, ciudadano de Nueva York, ha llevado la América del Norte á la capital de Francia, en un panorama móvil de cinco mil metros de estension, que ha causado general sorpresa. El público acude en masa para verlo al salon Barthelemy, y huye del Teatro Francés, porque no quiere asfixiarse.



El castillo de Marienburg en Prusia.

UNA OJEADA CRITICA POR LIMA.

La hermosa poblacion que el Rimac se complace en atravesar, es muy digna en efecto de que le consagremos algunos pensamientos, así como ha sido, y es, el objeto de la curiosidad del viajero, quien la encuentra siempre superior á la idea que de ella tenia formada. Sin contradiccion es una de las mas bellas ciudades del continente de Colon, así por la suavidad de la temperatura, como por su situacion poética y pintoresca, entre un vasto anfiteatro de cerros, muros naturales que la circundan á distancia; y por lo que aun es mas estimable, es por la benevolencia de sus habitantes, quienes manifiestan un anhelo constante de llevar su ilustracion y el progreso nacional hasta un grado casi europeo; y la verdad sea dicha, muy de cerca toca nuestra estela ó surco de marcha sobre este punto.

Muchos viajeros ilustrados que han visitado á Lima, no han podido mantener en ócio el lápiz efémérico de su album, sin haber dedicado elogios muy apasionados á aquel país, y especialmente al bello sexo, al que se le ha rendido ya un homenaje muy suficiente para haber envejecido á una dinastía de princesas. Muchos poetas distinguidos no han creído perder sus consonantes cantando á la graciosa Lima; pero ha sucedido lo que sucede siempre que se trata de apologias hacer abstraccion de los defectos, para solo ocuparse de las bellezas.

Cuando las limeñas, á fuerza de oirse renombrar las mas hermosas del mundo, han tenido la buena fé de creerlo á piés juntillas, han hecho perfectamente; porque en realidad, la belleza existe entre ellas, en ellas, y con ellas, de una manera indisputable.

Pero así como es un absurdo nacionalizar los vicios ó virtudes, al hablar en general de los habitantes de esta ó aquella nacion, para afrontarles tal ó cual vicio sin hacer escepcion; por ejemplo, al decir: los portugueses son fanfarrones, así tambien es un disparate generalizar á todas las limeñas con el epíteto de bellas, puesto que donde hay malos hay buenos, y donde hay hermosas tambien hay feas. ¿Cuál de ellas será tan tonta que maldiga la pluma que estas líneas estampa, cuando estas sirvan para afirmar que en Lima tambien se notan fealdades estupendas? ¡Sí las hay, como hay viñas! y no pocas; pero esto no envuelve la intencion de anular la donosura de esta ciudad ni la de sus hijas, sino de curar un poquillo la vanidad inherente á toda muger que se oye apellidar hermosa por mas de dos lenguas. Las costumbres limeñas, á pesar de que estan mezcladas de un prurito incesante de imitacion por las europeas, y á pesar de que este grado de imitacion es ya muy próximo al original, merecen no obstante ser tocadas por la áspera varilla de la critica. Debe comprenderse, que al formular la palabra critica no queremos lanzarla en el sentido en que á muchos se les antoja adoptarla; es decir, valorizándola como un sinónimo de injuria. No por cierto: si hay algo á que podamos dar el nombre de lija ó bruñidor-social, es positivamente á la critica, manejada con dignidad, juicio é imparcialidad, sin que por esto confesemos tener las dos primeras de estas tres calidades que acaban de leerse. No creemos pues inferir ninguna especie de agravio á esa porcion hechicera del Perú, haciéndola ver que, á pesar de sus buenos deseos de ilustracion y refinamiento, posee ciertos defectos, de los que por serle muy fácil desprenderse, nos atrevemos á indicarle.

El carácter de la mayor parte de los limeños no va en zaga al del comun de los parisienses; se amostazan por cualquier leve cosa, y esta susceptibilidad fosfórica se inflama á la mas suave friccion. ¡Dios confunda al que niegue que esto es altamente perjudicial!

Una de las costumbres que hemos encontrado menos compatibles con la sed de progreso que campea en Lima son las fórmulas del duelo (mortuorias), y la manía pernicioso y arruinante de sostener el luto á largos periodos. Ensayemos decir algo sobre la cuestion *duelos, luto y ent. erros*; pero desprecio eterno sobre nosotros si en el curso de este artículo hemos de permitirle un asiento al embuste ó á la hipébole! ¡Nada de exagerar!

Muere un vástago de una familia, calificada mediana ó de tercer rango, y como es natural, lo primero es atender á los funerales pagados al contado en sonante y contante á los señores Interés y curas, después de lo cual comienzan en la casa mortuoria las ceremonias de usanza. Estas consisten en una miscelánea de pura ridiculez y necedad. Sigámosla su pista con la narracion para demostrar que aquello de *necedad* no es injusto ni poco exacto. Palabra es esta que se nos ha escapado, y que es ya tan imposible de recoger, como fácil de justificar. Tenemos dos salones, uno para cada sexo, oscuros y tapizados de negro; los muebles están forrados de oscuro, y hasta el piano tiene su respectivo gaban de rigoroso luto. Estos son el teatro del *duelo*, tomada la ceremonia en su verdadera tecnología. Es de reglamento permanecer sentados desde las siete de la noche hasta las ocho, mas silenciosos que Harpocrates, la misma divinidad del silencio. Los que no observan esta insípida mudez, perturban la callada lúnebre tranquilidad con un cuchienco dialogado, semejante al adoptado en los templos por los fieles mas timoratos de ofender á Dios hablando en voz natural. La duracion de este monótono ceremonial está reducida á treinta dias; cosa rara! y hay amigos tan fieles que no faltan una noche. Cada actor ó actriz de esta dolorosa pantomima se esfuerza por dar á su semblante una expresion melancólica y apesurada, y sucede á menudo que en medio mismo de este penar forzado, de este sentimiento de cómico, de que es necesario revestirse, ocurre algun percance crítico que haga escapar la risa de algunos; el bostezo, la sed y la carcajada son los tres accidentes mas involuntariamente contagiosos que hay en la vida, y como los otros *dueleros* han oido reir, no pueden contener la risa y la sueltan en forma de coro.

El infame Momo-diablo del ridículo, gusta tanto de meter la cucharada en los lances mas graves, que por esta fatal manía en dias anteriores en un duelo de rigorosa etiqueta hubo de haber enredado la pita en estos términos:

Un caballero de edad proveya, de oficio consejero de Estado, y de carácter circunspecto en extremo, de aquellos que nunca muestran los dientes, no tanto por carecer de ellos

sino porque la risa está proscrita de sus labios por unánime sentencia del consejo de su habitual severidad, tuvo la inadvertencia de equivocar el salon de los fraques y botas con el de las polleras y abanicos, cosa que es mirada como una profanacion de la etiqueta; como la oscuridad hiciese á sus ojos la misma traicion que sus dientes á sus mandíbulas, dió á la entrada un tropezon tan gentil, con el martagon del gato que deploraba la muerte de su amo, tendido á la puerta, que la parte femenil dió permiso á su risa para que castigara el desacato, por lo que nuestro consejero, no pudiendo menos de haber reconocido su *quid pro quo*, manifestó su sonrojo con una segunda edicion del tropezon tan *corregida y aumentada*, que llegó á medir el pavimento con la vara y cuarta de estatura que le concedió la naturaleza. No es esto lo peor; sino que como las dolientas y dueleras no tuvieron el poder de sofocar su tambien segunda edicion de carcajada, el consejero, levantándose con una viveza que hacia honor á sus sesenta, creyó disculparse con estas palabras formuladas en tono de sentencia, entremezcladas con la rabia de la vergüenza é indignacion: «Señoras, Vds. disimulen esta ligera equivocacion ingerta de tropezon, porque yo he venido aquí á *tontas y á locas*.» ¡Seguro que con tan sacramentales frases las dejó á todas de un mismo color!

Pues aun ocurren lances mas originales entre las mismas duelistas... ¿Alguna de ellas ha dejado á su hijo enfermo, á su marido agonizando ó á su amante esperando? Pues los tres tienen que aguantar hasta después del toque de ánimas. ¿Alguna de ellas está desesperada porque desea verificar algun asunto exclusivamente personal, que le es imposible ventilar por comision? Pues de seguro que tiene que reventar como un triquitraque sobre su asiento hasta la hora prescrita. La razon es bien clara: si una señora se despide la primera, todas las otras, se burlan de ella, bautizándola con el apodo de la *Rompe Chibato*. Ignoramos la etimología de tan estafalarío dictado; pero ello es, que es tan temible, que hace las veces de una fuerza magnética de retencion entre las concurrentes. Por este método, ninguna quiere ser la primera en tomar el portante, porque á ninguno le gusta romper el chibato y hacerse el blanco (enlutado) del sarcasmo general.

Son tan variadas las circunstancias risibles, criticables y sin fuste que se suscitan en los *duelos*, que seria menester un libro entero para puntualizarlas.

Hemos tomado la cuestion *duelos* en su parte critica, y ahora vamos á analizar la cuestion *lutos* en su parte económica. Los estatutos de policia han determinado á los dolientes el período de tiempo que deben conservar el luto, con arreglo á la estrechez de parentesco, tratando de acortarlo cuanto sea posible; pero ni por esas. La costumbre, ó el abuso inveterado, es una ley popular que ofusca á la ley judicial. No hay que alegar. ¿Se le murió á Vd. su abuelo ó su señora madre á la temprana edad de 90 años? Pues amigo, sus doce meses cabalitos ha de permanecer Vd. envuelto en ropaje negro, fiel imitador de los gallinazos. Luego que un pariente de Vd. emprende el viaje para la eternidad, hé aquí qué tiene que hacer: por supuesto que la ansiedad de prolongarle la vida, durante su enfermedad, ha agotado las rentas de la casa en el forzoso presupuesto de doctor, botica, juntas, sacramentos, ceras, y últimamente, el señor cura que no admite próroga ni plazo, y ha quedado la pobre familia poco menos que como el hijo pródigo á su vuelta: pues señor, todavía hay necesidad de empeñarse mas, ó si no, pedir prestado, hacer trampas ó robar, si cabe, para tal de procurarse el luto de un año. Quiere decir: cuatro especies de trajes para toda la familia, incluso los criados, el cholito de la alfombra, el gatito carmelito, el lorito pintado, y hasta al perrito faldero es menester ponerle su collar negro, para que se note en el pescuezo del animal el sentimiento que tiene por el difunto. ¿Sabeis cuál es el primer luto, llamado riguroso? Todo de lana ó tela deslustrada, por tres meses, durante los cuales el piano permanece como un empleado cesante absoluto. El segundo trimestre ya admite piezas de seda. Tercer trimestre, medio luto en que el color azul ó morado puede vacunar el fondo negro, y el último trimestre ya es muy admisible el lujo sedería negra ingerta con colores vivos. Esto para una familia de veinte personas: ajustemos la cuenta, tomemos el balance, y antes de terminarlo nos encontraremos á la puerta de la casa con una persona que por ser muy espantosa nadie la desea: ¿Cómo se llama? Pues, Doña Miseria en alma y cuerpo! ¡Vade retro! Pero, y como detrás de ella vienen los acreedores, y estos tienen el derecho de colarse hasta la sala, no hay medio de decirles: vuelvan Vds. después. ¡Ilustrados limeños! ¿quieren mas luto? ¿quieren dos años en lugar de uno? ¿Con su pan se lo coman! ¡Oh! el luto es positivamente la ruina de muchas familias: por consecuencia debe modificarse mucho, ya que la autoridad carece de firmeza suficiente para luchar contra la costumbre y llegar á suprimirlo, ó simplificarlo: bastaría una insignia, un lazo negro para indicar el luto: si el traje negro fuera un distintivo para manifestar ó consolar la pesadumbre del corazon, vistámoslo enhorabuena; mas sea por años mil; pero si no es mas que una mera costumbre, insípida, necia, retrógrada, y lo que es peor, arruinadora, al demonio con el luto!

Vamos á dar un salto mortal, como dicen en Lima, al que súbito pasa de un tema de conversacion á otro distinto; todo es costumbre: así es que, sin separar un espacio que media de la muerte al festejo, nos sentamos muy frescos á charlar de la ópera.

Lima desarrolla en el dia una decision tan pronunciada por la ópera, que el teatro dramático se encuentra esquilado como un terreno arenoso. Una mediana compañía de verso, que funcionaba el año pasado (52) en la que habia algunos artistas de talento, se ha visto precisada á emigrar para no verse en el caso de espirar. Los artistas de último rango que no pueden regentear en una ciudad notable, toman el camino de las provincias de la sierra, en calidad de *derechos*; protéjalos el cielo por aquellos rincones! Lima posee actualmente una bien organizada compañía lírica; en ella hay tres *primas-donnas* de mérito, dos tenores, un barítono, dos damas segundas, doce coristas (cuatro del bello sexo) y algunos líricos de poca monta para las partes secundarias. Madama Cailly, la famosa Biscanchianti y la esposa del primer tenor Lorini, son las tres cantarinas que han cabido en suerte á Lima, donde campean por sus respetos. La Barilli, á pesar de sus

intrigas, ha quedado cesante. Dos artistas afamados, el violinista Coenen y el pianista Lubeck, han dado cuatro conciertos durante la Cuaresma; mas han pasado por el dolor de no haber visto el teatro lleno, como en tiempos de Sivori y de Henri Herz: atribúyese esta falta de asistencia á la circuns-Chorrillos. A propósito de Chorrillos: esta caseta de baños ofrece á la pluma del revisador grandes particularidades que presente mas difuso de lo que ya conviene.

Caso de escribirlo, será exclusivamente circunscrito á Chorrillos, y titulado *Chorrillos*; porque el sistema de vida que allí observa *Lima viviente*, suministra abundante materia para un artículo de costumbres, salpicado de curiosos é históricos detalles.

LEOPOLDO Y ROLANDO.

LA PRIMERA CANA.

(Continuacion.)

CLOTILDE.

Venga el consejo, á condicion de no seguirle.

FERNANDO.

Apuesto á que le sigue Vd. con entusiasmo; pero antes de dársele á Vd. quisiera, con mucho empeño, estar bien informado sobre cierto punto... (*ritubea*) Veamos: Vd. no carece de valentía, á su modo de Vd.... ¿Tendrá Vd. la bastante para responder categóricamente y sin rodeos á una pregunta muy delicada, sobre todo cuando la hace un marido?

CLOTILDE.

Primero veamos la pregunta.

FERNANDO.

Hemos vivido desde hace ocho ó diez años bastante estraños el uno al otro, para que pueda sorprenderla á Vd. Béla aquí testualmente: ¿No ha cometido Vd. hasta el dia de hoy ninguna falta grave... en el órden moral?

CLOTILDE.

¿No es nada mas que eso?

FERNANDO.

Y es mucho sin duda; pero, en fin, le juro á Vd. por mi honor de caballero, que oíré la respuesta como si no fuera marido... soy un amigo, y nada mas. Voy mas lejos aun: confieso que mi conducta personal no me ha dejado ningun derecho para ser severo... Ya va Vd. que mi franqueza no tiene límites. Por lo demás, Vd. es dueña de elegir; porque sin respuesta no hay consejo.

CLOTILDE.

¿Con que es indispensable?

FERNANDO.

De todo punto.

CLOTILDE.

¿Cómo es la pregunta?

FERNANDO.

¿No ha cometido Vd. hasta el dia de hoy, en el órden moral, ninguna falta grave?

CLOTILDE.

¿Grave, dice Vd? (*Se pone la cabeza entre las manos*)

FERNANDO.

¡Ah! si necesita Vd. reflexionarlo...

CLOTILDE, *después de una pausa.*

No señor, ninguna.

FERNANDO, *respirando á pesar suyo.*

Pues bien; no la cometa Vd. nunca: tal es mi consejo.

CLOTILDE.

Es una villanía.

FERNANDO.

Es un consejo sano, Clotilde, á pesar de las apariencias; y lo que es mas, es un consejo desinteresado.... Le cuesta á Vd. trabajo creerme, y sin embargo, el cielo sabe que no ha habido ninguna intencion egoista en mis palabras.... No veo mas que á Vd.... Me figuro que soy un ermitaño á quien Vd. ha venido á consultar en su gruta, y que le dice: Cuidado, hija mia, está Vd. en vísperas de cometer una falta enorme—y no hablo aquí bajo el punto de vista de la moral, porque se reiria Vd. de mí si tocase esa cuerda....—sino únicamente bajo el punto de la sensatez y de la política.

CLOTILDE, *riendo.*

Le veo á Vd. venir.... Quiere Vd. darme á entender que ya soy vieja.

FERNANDO.

¡Oh! no, al contrario, declaro que está Vd. en el dia en la flor de la gracia y de la belleza; por mi parte, nunca la he visto á Vd. mas completa; sus méritos de Vd. han llegado á la perfeccion; en una palabra, se halla Vd. en su apogeo.

CLOTILDE.

¿Pero?...?

FERNANDO.

Pero tiene Vd. treinta y cuatro años y pico....

CLOTILDE.

En eso está el asunto.

FERNANDO.

Si, ha pasado Vd. de los treinta y cuatro, y toda muger que a esa edad se lanza en una campaña amorosa, se condena con seguridad á un género de suplicio particular, y tan cruel, que pierde infaliblemente su felicidad, y quita su vida.

CLOTILDE.

¡Qué cuento tan terrible! me da miedo!

FERNANDO.

No es cuento; es una verdad que se concibe claramente. La existencia mundana, como Vd. sabe, rodea á una muger de tantas caricias y seductoras ovaciones, que la mejor, la mas santa de todas, no renuncia á su amable reinado sin algunas lágrimas furtivas.... La juventud y la belleza son cosas que no se pierden con indiferencia, aun cuando se pierden con honor, aun cuando se deslicen de la frente con nobleza á causa de los años.... Pero cuando es una mano querida la que las arranca, cuando es una voz amada la que lee la fatiga la prueba es mucho mas dolorosa.... Ver la prisa en el espejo.... siempre es triste.... pero verla, mera arruga en los bellos ojos y en la petrificada sonrisa de admirarla en los bellos ojos y en la petrificada sonrisa de un amante.... eso es mortal.... A propósito, no se ha olvidado Vd. de nuestra vecina Julia, aquella pobre muchacha tan risueña, que tenia una boca tan linda, que siempre se estaba riendo.... Murió de repente hace seis meses, y todo el mundo dijo que era un aneurisma.... ¡Una muger tan alegre! decia Vd.... pues bien, aquí entre nosotros, Julia se plantó un cuchillo en el corazón.... un mal cuchillo de cocina.... que me enseñó su médico.... ¿Y por qué? porque habia visto una ligera arruga de su frente reflejada en el ojo de M. de Vardes... por un fenómeno de óptica muy conocido.

CLOTILDE, con un gesto de horror.

¿Es cierto?

FERNANDO, friamente.

Nada mas cierto. Podria citar ejemplos hasta lo infinito... porque la última sonrisa de la coqueta es casi siempre una convulsión de agonía.... Sin embargo, la mayor parte de ellas no toman las cosas tan á pecho.... se contentan con huir del mundo sumergiéndose en desesperación en la sombra de las iglesias. Pero en fin, siempre para una muger es eso una desgracia irreparable.... y por eso le hago á Vd. la advertencia. Si hace un instante me hubiera Vd. respondido de un modo dudoso; si fuera Vd. una de esas personas de reputación equívoca, no habria hablado aqui de esa justicia tardía, pero segura, que las espera á las tales mugeres; quizás habria sentido un gozo secreto viéndola á Vd. correr hácia ese escollo supremo; pero Vd. me ha tenido hasta hoy consideraciones tanto mas meritorias cuanto que eran inmerecidas, y por eso le ofrezco á Vd. en pago ese consejo, sin atentar en lo mas mínimo á su libre albedrío.

CLOTILDE, se levanta.

Creo que su sermón de Vd. ha hecho dormir hasta á mi doncella á través de las paredes, porque no la oigo. Présteme Vd. su candelero dos minutos, que al instante vuelvo. (Sale por la puerta del fondo.)

Escena segunda.

FERNANDO solo, pensativo.

¿Qué quiere decir esto?... ¿Por qué se lleva mi luz para buscar á su doncella? No hay mas que dos puertas que pasar... no es natural eso.... ¿Es un efecto de su turbación, una distracción? No.... se ha marchado resueltamente, como una persona que va á ejecutar un designio.... tenebroso.... ¿Qué hará?... (Escucha.) Me parece haber oido pasos en la escalera.... hay una puerta falsa en el aposento de la doncella.... (Se acerca vivamente á la puerta de la derecha y se pone á escuchar.) Nada.... Sin embargo, habia creído.... (vuelve á la escena.) ¿Qué diablos estará meditando? Una fuga... un escamoteo?... ¿Querrá justificar mis sospechas por lo mismo que estoy alerta?... Es capaz de hacerlo.... Quizá hice mal en contar esta historia de Vardes con la vecina Julia.... las mugeres no aborrecen á un hombre por quien otra se mató.... No, no he andado muy cuerdo.... (Aplicando el oido.) ¿Qué es eso? ¡Oigo un carruaje.... no, no es nada; toda la noche estan pasando coches.... la cabeza se forja ilusiones en la soledad.... pero es que al paso que llevan las cosas con ese jóven, el desalace no está lejos.... A menos que haya querido ponerme celoso.... pero ¿con qué intencion? Yo me he empeñado en que se tramaba alguna cosa para esta noche.... y estoy seguro de tener buenas narices.... (acercándose á la chimenea); no, no ha dejado aquí su targetero; ya ha tenido buen cuidado de llevarse el (se ve en el espejo y se echa á reír) ¡Oh! qué buena cara de marido!.... estoy asustado.... qué ridiculez!....

¡Vuelve en tí mismo, Octavio, y cesa de quejarte! Pero va pasando el tiempo (mira el reloj); voy á esperar un cuarto de hora mas, y luego me informaré.... Me parece que es bastante.... (se pasea tarareando con una tranquilidad afectada; luego vuelve á mirar su reloj). Aun me faltan catorce minutos.... pasémoslos descansado.... (se sienta en un sillón). ¡Qué bonito cuarto! ¡Qué encanto tiene el aposento de una jóven distinguida, honrada y un poco coqueta! Por todas partes se ven señales de un gusto delicado y de unas manos blancas.... se respira una atmósfera impregnada de los perfumes favoritos.... algo de voluptuoso y de sagrado.... una tinta de pudor que vela el brillo de un lujo profano.... un rayo de luna en una capilla de Italia.... Gracioso paraíso en que se piensa á los veinte años.... y que á los treinta se pierde.... muchas veces. ¡Ah! lo que es ahora he oido pasos en el jardín. (Pega en el brazo del sillón, se levanta, se acerca á la ventana, y en el mismo instante se presenta Clotilde con una batida; Fernando se vuelve como cortado y dice aparte): ¡Qué palida está!

(Continuará.)

MISCELANEA.

—Un descubrimiento notable ocupa actualmente á los arqueólogos romanos, y en particular á los inteligentes en antigüedades cristianas. En una excavación que dirige un cierto Gaudi, conocido por otras empresas del mismo género, sobre la izquierda del camino real de Albano á una distancia de mas

de cinco millas de Roma, se encontró un pavimento de mosaico del tiempo de los emperadores, que debe haber pertenecido á una antigua quinta romana. Pero debajo del mosaico descubrióse una gran cantidad de argamasa entremezclada de piedras, y cuando, despues de un trabajo asiduo de varios dias, se logró romper aquella, se hallaron en el interior y enteramente rodeada de ella dos sarcófagos de mármol, de los cuales el uno se reconoció desde luego ser una tumba cristiana por la representacion del Salvador y de san Pedro con el gallo que le adornaba, mientras que el otro no tenia escultura ninguna. Al abrirlos se vieron dos esqueletos, el uno de hombre y el otro de muger. El cráneo de la muger que descansaba en el sarcófago sin adornos, estaba hecho pedazos por un lado y aqui tenia puesta cuidadosamente una esponja empapada en sangre y envuelta en finas telas. Además se hallaron hebras de oro que atestiguan la existencia de ricos vestidos y luego una preciosa perla. Se le presenta á uno al instante la idea de que se trata aqui del cuerpo de un mártir, que muerta en una de las persecuciones de cristianos, habrá sido enterrada adornada preciosamente por los creyentes en la misma fosa que otro cristiano asesinado, y habrá sido cubierta enteramente de argamasa para preservarla contra toda persecucion. La comision nombrada al efecto, mandó en su vista, y despues de un maduro examen, sellar provisionalmente los sarcófagos. Lo que hace muy embarazoso á este asunto, y particularmente interesante para los arqueólogos, es la circunstancia de que además de los objetos mencionados habia en el sarcófago una moneda del tiempo de Constantino y otra del de Constantino, cuya existencia en la tumba de un mártir no es fácil explicar.

—El cisne negro. Isabel T. Greenfield, conocida bajo el nombre de *el Cisne negro*, y que en estos momentos escita poderosamente la atencion del mundo musical de Londres, fué antes esclava en el Sud de los Estados Unidos. Es la hija de una indiana casada con un esclavo Taylor, que trabajaba en un ingenio de la señora Greenfield en el estado de Mississippi, y nació en las inmediaciones de Natchez en el año de 1826. Esta señora dió en tiempos ulteriores la libertad á todos sus esclavos, se hizo socia de la sociedad de los amigos y cuáquera, y se retiró por fin á Filadelfia.

Aunque no dotada de hermosura, tiene Isabel Greenfield la ventaja de una sólida instruccion musical; y admiró á todo el mundo en los conciertos, que dió en diferentes ciudades de América por la perfeccion artística y el poder de su voz. El alcance de sus facultades vocales asombra á los inteligentes; y si desde luego deben admirarse la limpieza y claridad de sus puntos altos, se manifiesta tambien su perfeccion en los robustos y fuertes puntos bajos, de suerte que su voz puede considerarse un fenómeno en el dominio musical.

—El liceo arqueológico de Wirtemberg recibió recientemente del consejero Boley, en Rutesheim, la noticia de que se habia encontrado en el término de Malmshelm, partido de Leonberg, una piedra labrada que se tenia por una pila bautismal. La junta de dicho liceo nombró una comision de tres individuos de su seno para reconocer este hallazgo arqueológico. De este reconocimiento resultó que el objeto en cuestion era una mesa primorosamente trabajada, de una arenisca de Keuper de granos gruesos, de una altura de 3 pies y 2 pulgadas, redonda y con pie y chapitel, y que habia estado unida á los cimientos de un edificio romano, del cual se habian probablemente posesionado los alemanes despues de la espulsion de los romanos.

—El premio que la redaccion de *el libro de familias ilustrado* (á cargo del Lloyd austriaco) ofreció en 22 de diciembre del año próximo pasado para los mejores artículos históricos, ha sido adjudicado del modo siguiente: En la reunion de los jueces celebrada en 23 de junio último se concedió el primer premio al artículo intitulado *conde Spork, general austriaco de caballeria*, su autor el doctor en jurisprudencia Francisco Lohrer de Paterborn, en Westfalia; el segundo premio recayó por pluralidad de votos en el artículo *Juan Müller y Federico Gents*, una paralela biográfica, su autor el doctor Adan Wolf, profesor de historia en Pesth (Hungria). Además se declararon por unanimidad, despues de los premiados, los tres artículos siguientes, los mejores entre el número de 116 artículos que se habian remitido: Ciceron y César, una paralela biográfica de Carlos Hoffacker en Heidelberg; el rey Gerónimo y su vida palaciega, un bosquejo histórico del doctor Enrique Koning de Hanau; y finalmente el conde Guillermo de Schaumburgo-Lippe, por la señora de Hohenhausen de Minden en Prusia.

—Alejandro Dumas, que ha establecido con gran boato su casa en Bruselas, se ocupa actualmente en el arreglo para el teatro francés de las comedias de Kotzebue (célebre autor dramático festivo de Alemania), las que manda traducir porque no entiende el alemán.

EL CASTILLO DE MARIENBURG, EN PRUSIA.

El castillo de Marienburg, sublime monumento de una raza de héroes hace tiempo estinguida, que merece por su hermosura y majestad llamarse la Alhambra de Prusia, tiene á la entrada un gran pórtico por el que se entra á un espacioso patio cerrado por las cuatro alas de que se compone todo el edificio, formado de cuatro bóvedas en cruz, en cuyo centro se halla el célebre pozo que se cegó en el siglo pasado con las ruinas de los muros. Cuando se empezó á restaurar el castillo solo en los primeros años se sacaron 48,000 carros de escombros; y aunque se buscó con cuidado dicho pozo, no se obtuvo indicio alguno, por lo que se ofreció un premio de 200 thalers al que designase el sitio en que se hallaba el mencionado pozo; pero todo fué en vano, hasta que un soldado viejo se acordó de que en una hacienda inmediata vivia un antiguo capitán que habia servido en tiempo de Federico I, el que sin duda podria dar los datos necesarios. A la mañana siguiente encontró nuestro inválido al capitán que le cedió la recompensa ofrecida, indicándole exactamente el sitio en cuestion. El pozo se descubrió, y el soldado recibió sus 200 thalers, corriendo en el día un agua tan pura y clara como antes.

De las cuatro alas de que se compone el castillo, las del Sur, Este y Norte sirven para almacenes de granos, sala de armas, y para habitaciones de los empleados de la Intenden-

cia; al Nordeste, donde se encuentra el magnífico frontis, estan las oficinas de hacienda.

La parte mas notable y mejor del castillo se halla en el ala del Oeste, que es la que vamos á examinar ahora, y que ocupa el lado izquierdo de nuestro grabado. Lo primero que se ve al entrar por una gran puerta de madera, es una ancha escalera de piedra en el vestibulo del piso bajo, que tiene la figura de un gran corredor, en cuyo estremo hay una puerta que conduce á cuatro cuartos contiguos, todos de forma cúbica, con el techo abovedado y sostenido por un prisma octógono de granito. El suelo está cubierto de baldosas encarnadas, verdes y amarillas, viéndose en las ventanas copias de las armas de los grandes maestros que han residido en Marienburg. Estas eran las habitaciones de los altos empleados de la órden. Junto á estas se halla la sala de audiencia, que es un salon largo y estrecho, sostenido por tres pilares, y que aun en el día conserva el sello de la solemnidad, rigor y severidad de la justicia que en otro tiempo se administró allí. En uno de los ángulos de esta sala hay un armario que contiene las actas de la restauracion del castillo, y en una ventana de la misma se halla pintado el sello de la órden.

Desde la sala de audiencia se sube por una escalera de piedra al piso segundo, en el que hay varios departamentos, como el cuarto del gran maestro y la capilla, en la que entre otras cosas se ven magníficas pinturas de escenas de la Biblia, con otra porcion de curiosidades. Al Oeste del mencionado corredor se halla el gran salon en que el maestro de la órden recibia á los potentados de la tierra, como reyes, príncipes y embajadores de las cortes mas lejanas de Europa: esta sala, compuesta de una bóveda formada por doce grandes arcos y sostenida por un solo pilar de granito, tiene cuarenta y cinco piés de ancha por ciento cuarenta y cuatro de larga y sesenta de alta, y se halla cubierta de baldosas blancas y negras barnizadas; pero lo mas notable en esta sala son las ventanas anchas y altas de diez piés, con hermosísimas pinturas que representan escenas históricas de la órden.

Tiene además este castillo un estrecho puente sobre un profundo foso de cuarenta piés de ancho, que ahora está seco, y desde el cual se iba antiguamente por un conducto subterráneo á la ciudad de Neuteich, conservándose aun la entrada al mismo. Tambien se ven dos torres pequeñas, y sobre todo el torreón grande de ciento cincuenta y cuatro piés de alto, desde donde se goza tan hermosa perspectiva y abraza en un día claro tanto, que se puede ver desde allí la torre de la iglesia parroquial de Danzig que está siete millas de Marienburg.

Los fondos y capitales del castillo producen anualmente una renta de 2,000 thalers; que sirven para atender á su reparacion y conservacion: por último, y para concluir esta ligera reseña, debemos observar tambien que el proceso que hace años se entabló sobre la posesion de la iglesia del castillo entre el clero católico y el fisco, se ha resuelto al fin en favor del último, como parecia natural, estando ya este en posesion de todas las demás pertenencias del castillo.

LA PUERTA NUEVA

EN LA CALLE DE TINTOREROS DE NUREMBERG.

Nuremberg es sin duda la única ciudad de Alemania que ha sabido conservar tan intacto en su interior el sello de una ciudad imperial de la edad media, que ni aun los modernos revoques que dan á los edificios un aspecto tan agradable, han podido de ningun modo borrar este tipo, que se encuentra aun en los edificios mas modernos tanto públicos como particulares. Testimonios irrecusables de esto son el nuevo átrio de la parroquia de san Lorenzo, obra de Heideloff, la magnífica estension del camino de hierro, construida segun el plano del Rührer, real inspector de edificios, y el nuevo hospital, obra del señor Solgu, arquitecto de la ciudad, edificio grandioso situado fuera de la ciudad entre las puertas de *Frauen* y *Spittler* y dotado con tal munificencia que pasa por uno de los mejores establecimientos de su clase en Alemania, no teniendo mas desventaja que la difícil comunicacion con la ciudad, que se halla cercada de muros con sus torres correspondientes y rodeada de anchos fosos.

Pero dejando á un lado por ahora la enumeracion y descripción de los edificios mas notables de Nuremberg, haremos solo mencion de la puerta nueva situada entre las de *Frauen* y *Spittler*, obra necesaria hacia mucho tiempo, pues aunque habia muchas puertas y portillos que facilitaban la comunicacion con los arrabales, se sentia bastante la falta de una que uniese la ciudad con el nuevo hospital. Reconocida pues esta gran necesidad, se construyó la citada puerta nueva segun el plano y bajo la direccion del arquitecto Solger á la entrada de la calle de Tintoreros, con un puente sobre los fosos de la ciudad que establece la comunicacion tan deseada.

Su coste ha sido solo de 7800 florines, cuya cantidad ha sido la mayor parte dada voluntariamente por los ciudadanos residentes en aquel distrito, y en su construccion vemos se ha seguido ese estilo que tanto distingue á Nuremberg que en otros tiempos se consideraba como plaza fuerte de grande importancia, y que en el día podemos decir que la ha perdido casi del todo.

AL CISNE DE PLATA.

CAPITULO V.

Al día siguiente hubo grandes preparativos en la hosteria; pero se acercaba la hora de dar principio al banquete, y los convidados no parecian; de modo que era de temer que se perdiesen los delicados manjares dispuestos para festejar la gran fortuna de los propietarios del *Cisne de Plata*.

El pobre Hans, á quien Gaspar habia tenido que obligar literalmente, á fuerza de empujones y de puntapiés, á que llevase los avisos correspondientes, juraba por su montera que todos habian recibido la invitacion, pero que podia suceder que no la hubiesen tomado por lo serio.

Por fin quedaron desvanecidos todos los temores con la llegada sucesiva de los amigos de Kellermain, quien les festejó opíparamente, á pesar de la estrañeza que mostraban por un cambio de suerte tan repentino. El único huésped que en

todo aquel día consiguió ser admitido en la famosa hostería fué un respetable personaje de gran valimiento en la corte: Gaspar le agasajó, por supuesto *gratis et amore*, y antes de que se dispusiera á seguir su camino le dijo:

—Ya estais enterado de que soy rico, sumamente rico; pues bien, ahora deseo ser baron, y que llamen á mi Gertrudis la señora baronesa.



El Cisne de Plata.

—Algo difícil me parece, le respondió el cortesano, y sobre todo muy costoso.

—No quede por eso, señor mío; si no podeis hacerme baron, hacedme duque.

—De modo que... en fin, no me parece de todo punto imposible lograr para vos el título de baron, con tal que... Sin embargo... los derechos son exorbitantes.

—Deseo ser noble; y si conseguís lo que os pido, os enviaré un saco lleno de oro todos los años para que lo gasteis en memoria de la hospitalidad que hoy habeis tenido en el *Cisne de Plata*.

El cortesano abrió los ojos desmesuradamente, arrugó después el entrecejo, y murmuró:

—Hay sacos de muchos tamaños...

—Este, repuso Gaspar, echando mano á uno de los que servian para llevar la cebada á las caballerías.



El Cisne de Plata.

—No es malo para el objeto, observó el distinguido personaje; pero habeis de saber, amiguito mío, que en la corte, como punto céntrico de todos los bribones y de todos los hombres de bien de la república, ninguna negociacion se lleva á término sin sólidas garantías.

Gaspar se sonrió maliciosamente, cojió el saco, se fué á su habitación, y le llenó de oro. Poco después, ayudado

de Hans, lo presentó en el comedor, dejando llenos de asombro á su huésped y á los convidados. El primero le estrechó cordialmente la mano y murmuró á su oído estas dulces palabras al marcharse:

—Vuestra bellissima esposa será baronesa.

Nuestros carísimos esposos anunciaron á sus amigos esta agradable nueva, llenándose de nuevo los vasos, y se brindó respetuosamente por la felicidad de los futuros barones. El resto del día trascurrió entre risas y placeres, y cuando los convidados se separaron del buen Gaspar y de la hacendosa Gertrudis, no habia uno solo entre ellos que no tuviese algun favor que pedirle. El abogado Wirrwarr, especialmente, hacia valer sus derechos á su proteccion, y se empeñó en hacerles comprender cuán esencial era para un hombre rico tener un abogado seguro y adicto á sus intereses.

—¿Pero en qué os he de ocupar? le preguntó el hosterero. ¿Para qué podeis servirme?

—Necesitais que se estienda escrituras, cuando os hagais propietario, y por consiguiente tendreis pleitos, si alguno os disputa vuestros derechos adquiridos ó por adquirir.

—En efecto, dijo Gertrudis, debemos tener pleitos, ya que vamos á ser grandes personajes, y para dar principio deseo entablar una accion judicial no sé contra quién, por un jamon que ayer me robaron en el mercado.

—¡Un jamon robado! exclamó Wirrwarr; es cosa muy grave. ¿Y no sospechais quien sea el culpable?

—Un perro, contestó seriamente Gertrudis.

—¡Demonio! El asunto no puede estar mas claro: ese perro tiene amo y no se me escapará. Pronto habrá testigos y todo cuanto se necesita para que la demanda tenga el éxito que apetecemos.

El buen abogado Wirrwarr se marchó contentísimo, considerando que la fortuna de Gaspar empezaba á dar impulso á sus propios negocios.

Al anoecer del siguiente día se presentó Miguel, otro de los convidados del anterior, en el *Cisne de Plata*, y dijo que deseaba hablar con Kellermain acerca de un asunto importante. El hosterero, que á la sazón fabricaba moneda con el gorro encarnado, se apresuró á recibirle, aunque no de muy buen talante, porque al cabo le interrumpia en su mas agradable tarea. Miguel, sin darse por entendido del gesto semi-avinagrado de su amigo, abordó francamente la cuestion sobre el negocio que allí le llevaba.

—Es claro como la luz que va á desaparecer, le dijo, que ya no puedes estar al frente del *Cisne de plata*, supuesto que vas á ser baron: deseo pues que nos entendamos respecto á la venta de tu establecimiento.

Gaspar se rascó la oreja y respondió, que por el momento le era imposible fijar un precio y que consultaria el asunto al abogado Wirrwarr.

No bien se fué Miguel, despues de haber quedado en volver de allí á dos días, cuando llegó á la hostería el abogado, para proponer á su cliente la compra de una casa, que un noble arruinado se veia en la precision de vender, como único recurso que le quedaba en su infortunio.

—Eso es lo que necesito, dijo Kellermain, y así compradla desde luego.

—Espero que me entereis de vuestras intenciones, en cuanto á la cantidad que puedo ofrecer por ella, observó Wirrwarr.

—Ni aun he pensado en ello; comprad la casa; pues lo demás importa poco.

—Este hombre, pensó el abogado, ha descubierto una mina de oro.

—A propósito, repuso Gaspar, mi vecino Miguel quiere comprar el *Cisne de plata*. ¿Quereis encargaros de la conclusion de este asunto? Pero cuidado... quiero que saqueis en mi beneficio el mejor partido posible, pues debemos hacer valer nuestras propiedades.

—¡Estraña contradiccion! murmuró el abogado al retirarse: me da carta blanca para que le compre una casa y acto continuo quiere traficar con su posada.

El hecho fué que despues de largas conferencias y de gastar mucha tinta, mucho papel y no poca elocuencia para convenir en el precio de venta, Miguel aceptó el *ultimatum* de la cantidad propuesta por Gaspar, y se hizo dueño legítimo del *Cisne de plata*, con todos sus muebles, enseres y utensilios. Los esposos Kellermain, por su parte, fueron á tomar posesion de su nueva casa.

No fué esto solo lo que hizo impopulares á los nuevos propietarios. El obsequioso Wirrwarr descubrió al dueño del perro que habia robado á Gertrudis el jamon en el mercado, y lo citó ante el tribunal, así como á muchos testigos, quienes unánimemente declararon que su perro habia perpetrado el delito. El pobre hombre vivia únicamente de su trabajo, y como el crimen estaba patente y recaia sobre él, atendiendo á que el cuadrúpedo no podia ser responsable de sus acciones, fué condenado á unos cuantos días de cárcel y á pagar á Gertrudis el valor del jamon.

Un flamante carruaje esperaba á los esposos Kellermain en la calle, y al punto se embutieron en él para huir de los comentarios que pudieran hacer los ociosos. Divulgóse no obstante la noticia de la sentencia, y una turba de pilluelos y de mugercillas persiguió al coche con encarnizamiento, arrojando sobre los orgullosos propietarios tronchos de verduras, tomates, huevos podridos y otros proyectiles no menos mortíferos, que humillaron el orgullo y ensuciaron el brillante equipaje de los improvisados señores.

Gertrudis lloró, rabió y pateó; por último se negó á salir de casa en muchos días; verdad es que se entretuvo con placer en examinar pieza por pieza todas las alhajas de la esposa del noble arruinado, y que, lo mismo que los muebles, habian entrado á formar parte de la venta de su propiedad. Gaspar tambien se dedicó á fabricar moneda para hacer frente al primer plazo de la compra de la casa y de sus tierras adyacentes. Solo interrumpia su ímprobo trabajo para probar los esquisitos vinos, que contenia en abundancia la amplia bodega, pues las cosechas eran abundantes y de primera calidad, de modo que la mas nueva podia apostárselas en años á la añeja del *Cisne de plata*.

El domingo fué la familia á misa. La señora Gertrudis, futura baronesa, concentró todas las miradas del público, pues se pavoneaba con un magnífico traje de terciopelo verde de larga cola, sostenida por un feo pajecillo que, desgraciada-

mente para ella, no podia aliviarla del peso de todas las alhajas de la condesa que llevaba en el pecho, en los brazos, en el cuerpo del traje y en la falda. Seguianla su hija Gertrudis, Juan y Ulrico, embutidos en encajes, plumas, seda y asemejarse á saltimbanquis ó á monos endomingados. Gaspar, aunque era el mas sencillamente adornado de todos, merecía



El Cisne de Plata.

á la negligencia habitual de su compostura, parecia en extremo ridiculo con su capilla de terciopelo, su inofensiva espada, sus medias de seda arrugadas, su sombrero de plumas y su inseparable gorro encasquetado. Era fácil presumir que solo el respeto debido al lugar sagrado en que se hallaban contenia las risotadas de los amigos de aquella brillante pareja súbita y recientemente enriquecida. Semejante á la ligera brisa, circulaba de un extremo al otro de la iglesia un prolongado cuchicheo, que la mas leve circunstancia podia convertir en estrepitosas carcajadas.

El público, sin embargo, conjuró el peligro bajando los ojos, á fin de no contemplar unos objetos que provocaban su hilaridad á cada instante, y una vez puesta en juego hubiera producido serios escándalos.

Los esposos Kellermain, por su parte, traducian en provecho propio los sentimientos que escitaba su presencia: creian



El ladrón de la corte.

ser objeto de la admiracion general, é infatuados por el mérito que les inspiraba su necio orgullo, dirigian á la multitud miradas desdeñosas, afectaban ridiculas maneras, y no parecia sino que se habian propuesto insultar con su estravagante fausto y con la insolencia de su conducta la miseria de todos los que antes les habian favorecido con su constante asistencia á la hostería del *Cisne de Plata*.

Miguel, el nuevo propietario de la célebre posada, decia entre tanto á un vecino suyo: —Todo eso acabará, compadre; esas gentes echan la cuenta sin la huésped.

clamó de Marsan espantado.—¡Aun es peor! ¿Y cuándo vuelve?

—Dentro de dos meses. A su vuelta publicaremos las amonestaciones.

—¡Ah! estás libre. Pues bien: esta noche cenamos también en casa de Estefanía Rieux y yo; acompáñanos...

—No, dijo Julio.—He jurado ser juicioso, y lo he jurado con formalidad. Mi vida pasada es conocida, y se me ha exigido una porcion de juramentos. ¿Qué quieres, amigo?—añadió viendo que su amigo se encojía de hombros.—¡Es una muger deliciosa, á quien amo!

—Entonces ¡adiós!—dijo de Marsan, y se alejó murmurando:—¡Pobre hombre!

Julio entró en su casa, donde le esperaba un desconocido, que traía un sombrero puntiagudo y una barba parecida á su sombrero.

—Caballero,—dijo al lion luego que tomaron asiento,—yo me llamo Aristides Michon, pintor de miniatura, calle del Chabrol, y vengo á hacer su retrato.

—¡Mi retrato!—repuso Julio admirado.—¿Quién se lo ha encargado á Vd.?

—Una señora.

—¡Una señora!—repitió Julio abriendo tamaños ojos.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé á fe mia, ¡y pensaba preguntárselo á Vd.!

Julio se habia levantado y se paseaba á grandes pasos. ¿Quién era aquella señora? ¿qué queria hacer de su retrato?

—¿Á lo menos habrá visto Vd. á esa señora? preguntó bruscamente.

—Un poco, respondió el pintor. La ví ayer á las ocho de la noche. Es una rubia hermosa, como de unos veintidos años, bastante alta, y de un talle que se puede abarcar con una mano: ninguna seña particular.

Indudablemente no era Valeria; pues la vispera Julio no se habia separado de ella hasta muy tarde; además Valeria era pequeña, morena y de ojos negros, y tenia un lunar en la mejilla izquierda.

—¿Y á quién debe entregar Vd. el retrato? preguntó Julio.

—Írá ella misma por él á mi casa el dia 30.

Julio volvió á pasearse, y al cabo de un cuarto de hora Aristides habia perdido la paciencia.

—¿Cuándo quiere Vd. que principiemos la sesion? preguntó.

Julio le miró de abajo arriba muy colérico, y respondió:

—¡La sesion!... jamás.

—Pero caballero, dijo en tono lamentable el pintor, he recibido trescientos francos anticipados.

—¡Jamás! repitió Julio furioso.

—¡Ah! No quiere Vd., replicó á su vez Aristides, apurada ya su paciencia. ¡Entonces principiemos la guerra!

Y tomando su sombrero con resolucion, se retiró.

Julio, fiel á sus hábitos, se fué á comer en el Café de París. Apenas hacia un cuarto de hora que estaba allí, cuando percibió enfrente de sí á Aristides Michon con un album en la mano bosquejando imperturbablemente su retrato.

—¡Calla! exclamó asombrado; luego gritó: Mozo, un cuarto particular.

—¡Primera sesion! dijo el pintor por su parte. Mozo, la lista: voy á comer.

El dia siguiente Julio se paseaba á caballo por el bosque de Boloña en compañía de Marsan.

—¡Calla! le dijo este mientras marchaba al paso, mostrándole un hombre sentado al pié de un árbol. ¡Hé ahí un pintor que está haciendo estudios!

Era Aristides Michon.



Juan.

—¡Cál! repuso el otro: si yo creo que han encontrado una mina!
—Ya; pero las minas se agotan: compadre, demos tiempo al tiempo y veremos maravillas.

(Continuará.)

EL ROBO DEL RETRATO.

EL RETRATO.

—¿Os gustan los *liones*?—decia algunos años há nuestro chistoso cofrade Pablo Lagarde. Los señores literatos lo han llenado todo de *liones*. Era porque entonces existian y formaban un tipo; pero hoy se nos van como los dioses de Chateaubriand. En 1832, época en que florecian aun, se encontraron dos de ellos, por una fresca mañana de setiembre, en la calle de Santo Domingo, y ambos sacaron su reboj: un *lion* no salia jamás antes de mediodía.

—Las ocho y cuarto, de Marsan,—dijo el mas joven mirando la hora.

—No me he acostado,—replicó el otro; acabo de cenar. ¿Y tú, Julio?

—Yo,—repuso el primero, que se llamaba Julio de Ceran,—mi futura marchaba esta mañana con su abuela para Burdeos, y acabó de acompañarlas á la diligencia.

—Verdad es, pobre amigo; me han dicho que te casan.

—¡Con una muger adorable y una dote de seiscientos mil francos, querido amigo!

—¡Te compadezco!—replicó de Marsan. El matrimonio es la mayor majadería. ¿Qué te traerá? ¿Hijos? Luego te hartarás de ellos. Casado, no volverás á cenar, tendrás que comer en tu casa, que acostarte á las ocho; te pondrás grueso... ¡Ah! ya me olvidaba... te nombrarán capitán de la guardia nacional, y escribirán sobre tu tumbe: «Fué buen ciudadano, buen esposo y buen padre.» ¡Un epitafio soberbio!

Julio recibió la andanada sin pestañear.

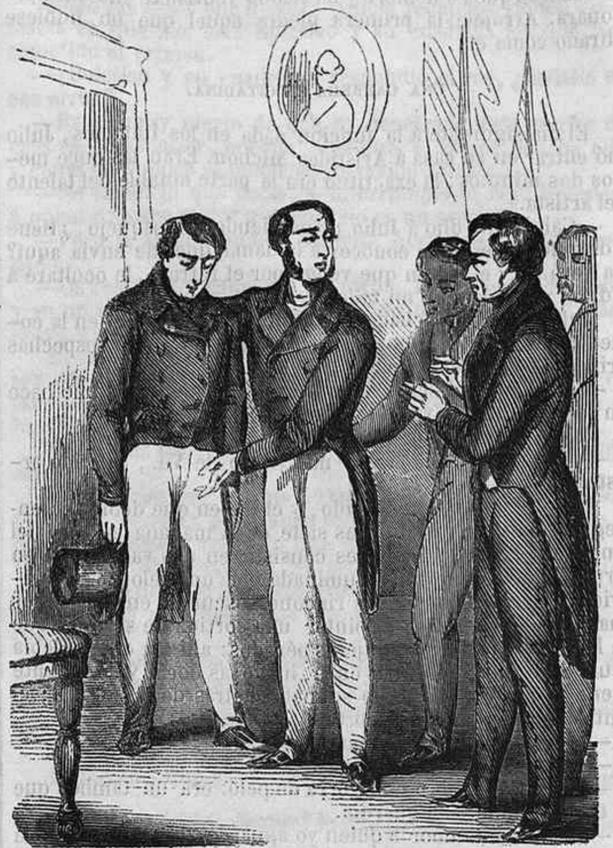
—¿Cómo se llama tu futura?—añadió de Marsan.

—Madama Valeria de Parthenay.

—¡Una viuda!—es-



La puerta nueva en la calle de Tintoreros de Nuremberg.



Juan.

—¡Todavía! dijo para sí Julio echándole una mirada furiosa. Y poniendo su caballo al galope, se volvió á su casa.

Ese dia se daba *I Puritani* en los Italianos, y Julio asistió á la funcion. Cuando estaban en el segundo acto, percibió á Aristides Michon en el patio con su eterno album y dibujando.

—¡Ese hombre es mi sombra! murmuró.

Durante el entreacto se fué derecho á él, y le dijo dándole una palmada en el hombro:

—¿Sabe Vd., amiguito, que es Vd. insoportable, y que me recia que le diese una buena leccion?

—¿Lo cree Vd.? replicó el artista con aire socarron. Por lo demás, añadió abriendo su album, esto avanza. Con otras tres sesiones estará concluido. Es muy parecido; ¿no es verdad?

—¡Vd. es muy testarudo!

—Un poco; soy breton.

—Vamos, replicó Julio; puesto que no puedo impedirle el hacer mi retrato, prefiero que no me desfigure Vd. Vaya Vd.

mañana á las once á mi casa, y tomaremos nuestra sesion.

Y estaba para casarse. Sin duda amaba á su novia, ó á lo menos así lo creia firmemente. Y sin embargo, dos dias después de su marcha dejaba hacer su retrato para otra muger. Verdad es que no podia impedirlo; pero aun cuando lo pudiera, no lo habria hecho; pues la idea era original, el motivo misterioso, la muger desconocida: tres razones por las que tenia deseo de conocerla. Así son los hombres. Si uno vive al descubierto, nadie le ve; si oculta su vida, todos los ojos penetran en su casa. La tenacidad bretona del pintor habia avivado aun mas la curiosidad del lion, el cual, cada vez que le veia, decia para sí:

—Pero ¿quién será esa muger que tanto interés tiene en poseerme en efígie?

Habíase mezclado en esto el amor propio, y de Marsan, á quien se lo habia contado todo, le habia dicho:

—Debe ser alguna antigua querida, que tiene recuerdos y se ocupa en amueblar su retrete.

Julio habia dicho, dando una palmada en el hombro del pintor:

—¡Pardiez! Este hombre podrá decirme alguna cosa.

Verdad es que añadió en forma de remordimiento:

—Yo sabré adonde va mi retrato; pero será fiel á Valeria.
—¡Pobre hombre! No comprendía que eso le conducía derecho á la infidelidad, y que la curiosidad es uno de los mil prefacios del amor. ¡Vitupérole el que se atreva! Todo el que se acuerde que es hombre y ha tenido ventisiete años, le perdonará. Arrójale la primera piedra aquel que no hubiese obrado como él!

UNA CARRERA EN CITADINA.

El día siguiente á la función dada en los Italianos, Julio vió entrar en su casa á Aristides Michon. Eran las once menos dos minutos: la exactitud era la parte notable del talento del artista.

—Caballero, dijo á Julio principiando su bosquejo, ¿tiene Vd. mucho deseo de conocer á la dama que me envía aquí? La verá Vd.; el día en que venga por el retrato, le ocultaré á Vd. en un rincón de mi taller.

Julio había sospechado que el pintor tenía parte en la comedia que se representaba á su costa; pero sus sospechas principiaron á desvanecerse.

—¡Servicio por servicio! prosiguió Aristides: Vd. me hace un servicio hoy, y yo se lo hago á Vd. mañana.

Julio le estrechó la mano con efusión, y replicó:

—¡Gracias! había hecho mal juicio de Vd., querido artista.

El retrato quedó concluido, y el día en que debía ser entregado, Julio se instaló á las siete de la mañana en casa del pintor. El taller de Aristides consistía en una vasta pieza en forma de herradura muy iluminada por un cielo raso de vidrios. En los ángulos había rincones oscuros, en uno de los cuales había arreglado el pintor una cortina de sarga verde en la que había varios agujeros pérfidos: allí era donde debía ocultarse Julio. Dieron las once, luego las doce, y de repente suena la campanilla. Julio se metió detrás de la cortina; el pintor abrió; pero era la portera, que le dijo:

—Este señor pregunta por Vd.

—Entre Vd., gritó Aristides.

—Entró un hombre con gorra de pelo: era un tambor que le traía un billete de guardia.

—No es ese tambor á quien yo aguardo, dijo Aristides á la portera, cuando el tambor se había marchado.

—¿Aguarda Vd. á otro tambor?

—No, aguardo á una señora.

—Ya sabemos lo que son estas cosas, replicó la portera guiñando el ojo maliciosamente. Los Fromageot son porteros de padres á hijos. Mi madre era una Pipelet. Es preciso que le cuente esto....

—La están llamando á Vd. abajo, interrumpió el pintor, previendo la historia que iba á ensartarle.

—¿Cree Vd. que me llaman? dijo la portera.

Y se precipitó á la escalera gritando:

—Allá voy! Luego, variando de idea, volvió á entrar en el taller diciendo:

—Ya se lo contaré á Vd. otro día.

Y salió de nuevo, gritando en cada descanso: ¡Allá voy, Dios mío! allá voy!

Nadie llegaba: por último, á eso de las dos percibió Julio una citadina que se paraba delante de la casa, y al cabo de algunos instantes volvió la portera acompañada de una doncella vivaracha y alegre, una verdadera graciosa de comedia, con su nariz arremangada, labios apretados y ojos cariñosos.

—¿El señor Michon? preguntó.

—Yo soy.

—Señor, mi ama ha encargado á Vd. el retrato de M. de Ceran, y vengo por él.

Aristides se lo entregó.

—Gracias, dijo la doncella tomándolo. Aquí tiene Vd. el resto de su precio.

Y saludando al pintor, se retiró. Julio salió de su escondite.

—Y bien, dijo Aristides.

—Nunca he visto á esa muger, dijo Julio; pero yo sabré quien es su ama.

Y se lanzó á la escalera. En el momento en que llegaba á la puerta de la calle, acababa de marchar el carruaje que llevaba á la doncella, y Julio se precipitó tras él.

—¿Quién es ese señor? se decía la portera, á quien Julio había estado á punto de derribar. ¡Cómo corre! Tiene piernas de malhechor. Puede que haya asesinado á alguno de la casa: voy corriendo á ver.

Entre tanto Julio seguía la citadina á la carrera.

—De ordinario se toman esos carruajes cuando uno no tiene prisa ó quiere ir mas despacio, pensaba Julio corriendo por el arrabal Poissonnière. Es la primera vez que sigo uno á pié; preciso es que esa citadina vaya muy corriendo.

No se percibía en el horizonte ningún carruaje vacío. Por último en la esquina del boulevard percibió Julio dos ó tres citadinas paradas, y se metió en la primera.

—Cocheo, ¿el caballo tiene buenas piernas? preguntó al cochero.

—Señor, ha corrido en el Campo de Marte.

—¿Hace mucho tiempo? ¿Ve Vd. aquella citadina que corre allí?

—Sí señor.

—Sígala Vd. sin rebasarla, y párese Vd. donde ella se pare: veinte francos de gratificación, si Vd. no la pierde de vista.

—Basta, señor.

Y el carruaje se puso en marcha. Al llegar á la altura de la calle de San Martín, la citadina que llevaba á la doncella entró en ella rápidamente. De vez en cuando Julio se cercioraba de que estaba á la vista; pero, por desgracia, la doncella asomó al mismo tiempo que él la cabeza por la portezuela, y le percibió en el momento de tomar la calle de Montmorency. Julio se retiró vivamente, y desde entonces se guardó bien de mostrarse, y se contentaba con preguntar de vez en cuando al automedon, que respondía invariablemente:

—No la pierdo de vista, señor.

Entre tanto las citadinas seguían unas calles estrechas y tortuosas en que no pueden marchar de frente dos carruajes. A veces se interponían carretas y diligencias que interceptaban ó retardaban la persecución, y aunque Julio se inquietaba algo, el cochero repetía con seguridad:

—No la pierdo de vista.

Cuando llegó á la calle San Antonio, el coche de la doncella se dirigió al boulevard, atravesó la Bastilla, y entró en el arrabal. A la entrada de la calle de Reuilly se paró, Julio se lanzó á la portezuela, y entonces percibió al cochero de la primera citadina ocupado en bajar un hombre de una circunferencia ideal, á quien decía:

—No se apoye Vd. mucho sobre el estribo, porque va Vd. á volearnos.

El lion se quedó un momento aturdido; luego, precipitándose hácia la portezuela que había quedado abierta, miró dentro y dijo muy chasqueado:

—No hay nadie.

—¡Ah! ¿Le parece á Vd. que ese señor no llenaba suficientemente el carruaje? Observó el malicioso cochero.

—¿De dónde viene Vd.? le preguntó Julio.

—De Poissy. El señor ha ido allí á vender bueyes.

Julio se volvió á su carruaje que le estaba aguardando, y dijo colérico al conductor:

—Cochero, Vd. no ha seguido á la citadina que le había indicado.

—Perdone Vd., señor; es el mismo carruaje verde, caballo tordo, cochero del mismo color, repuso impasiblemente.

—No discutamos, interrumpió Julio con sequedad. Digo á Vd. que no es el mismo.

Y subió furioso al coche, añadiendo:

—Condúzcame Vd. al café de París.

Acababa de recordar que eran las cuatro y que no había almorzado.

UN HALLAZGO DE ARISTIDES.

Julio contó su percance al pintor, quien le prometió darle noticias si la casualidad se las proporcionaba. Por su parte, lo registró todo, bastidores de teatro, retretes, salones, jardines, paseos públicos y rincones de calles en busca de su misteriosa doncella, y como no pudiese descubrir nada, recurrió á la policía.

—Caballero, ¿puede Vd. decirnos el nombre de esa muger? le preguntó el empleado superior á quien había sido recomendado.

—¿Qué pregunta! exclamó Julio. Precisamente vengo á preguntarlo.

—Entonces, caballero, prosiguió el empleado tomando gravemente su polvo de rapé, no podemos ocuparnos de su negocio.

Julio volvió á su casa furioso. El pobre mozo ignoraba aun que en el país en que vivimos la policía es harto discreta para saber nada, y que prescindiendo de los descubrimientos que ella se toma el placer de idear para no robar al presupuesto demasiado á las claras, es la última en saber lo que no ignora ya nadie.

(Se continuará.)

JUAN.

ANÉCDOTA DE 1814.

(Conclusion.)

Al entregarle las provisiones, le preguntó si permanecería aun mucho tiempo en su cabaña.

—Si pudiera escribir á mi familia, tal vez no estaria mucho tiempo en ella, respondió el fugitivo; pero necesito papel y una pluma, que me es imposible comprar.

—Yo os surtiré cuando vuelva del mercado.

Hízolo así en efecto; el proscrito se metió en su cabaña y escribió á su familia; Juan echó la carta al correo aquel mismo día.

Al siguiente volvió con una manta de su cama para su protegido.

—Apuesto á que es un proscrito, decía, pues se oculta lo mismo que se ocultaba el vizconde antes de su emigración, según he oído referir mil veces. Por consiguiente, la señora vizcondesa no puede llevar á mal lo que hago por él.

Juan sin embargo guardó el secreto, pero pronto conoció su importancia.

El proscrito, conociendo su carácter noble y generoso, le dijo un día:

—Sí, amigo mío: estoy fuera de la ley, y si me encuentran, seré fusilado. Ya veis que se halla mi suerte en vuestras manos y que podeis perderme ó tal vez salvarme, porque estoy seguro de que, si consigo ganar tiempo, mi familia obtendrá mi indulto.

—Pero ¿qué diablos habeis hecho?

—¡Oh! sería muy largo de referir. Yo era ayudante de campo de un grande hombre en los campos de batalla, he seguido su suerte y participado de sus errores. Sin esa influencia que disponia de mi existencia desde mis mas tiernos años, hubiera sido fiel á mis últimos juramentos.

—¡Ah! ya os comprendo: ese hombre era á vuestros ojos lo que es á los míos la señora vizcondesa, pues amo lo que ella ama y aborrezco lo que ella aborrece. Por eso quiero al rey y detesto al emperador, sin haber visto jamás al uno ni al otro, y sin haber recibido de ellos ni perjuicios ni favores.

—Tambien yo os comprendo, amigo mío.

—Por lo que á vos toca, sois un desgraciado y un proscrito, y la señora vizcondesa ama á los proscritos y á los desgraciados: así pues, contad conmigo.

Un mes después de esta conversacion, Juan, que iba todos los días al correo para ver si había cartas para el señor Felix, halló una con este sobre.

¿Cómo latía de placer y de temor el corazón del pobre Juan!

—¿Qué va á saber? se decía. ¿Le llevo la vida ó la muerte? Guardó la carta cuidadosamente, y al siguiente día al amanecer salió del palacio sin que nadie le viese, á escepcion de la muger del conserje, que ya había hecho observar á su marido las salidas de Juan á deshora.

Llegó por último al muelle y entregó al proscrito la carta, que este esperaba con tanta ansiedad.

No bien hubo leído las primeras líneas, cuando se arrojó al cuello de Juan, derramando copiosas lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Estais perdido! exclamó el jóven.

—Me he salvado, amigo mío, respondió el proscrito. El rey ha prometido indultarme, y mi familia me espera á una legua de París, de modo que tengo que marchar á Saint-Cloud.

—No está lejos, dijo Juan, pues he ido allí muchas veces con mi señora; no hay mas que seguir siempre por la orilla derecha del río: este es acaso el camino mas largo; pero al fin no se necesita tomar lenguas de nadie.

—Sí, pero me aconsejan que me disfrace para mayor seguridad, y ¿cómo he de encontrar el disfraz?

—Yo tengo dos levitones como este y puedo prestaros uno.

Acto continuo se puso Juan el traje del proscrito y le dió el suyo.

—Adios, amigo mío, le dijo el fugitivo; soy vuestro hasta morir: me llamo Felix de... y espero manifestaros algun día mi eterna gratitud. ¿Dónde podré encontraros, si llegan tiempos mejores para mí?

—Si creéis que me debeis algo, contestó Juan estrechando su mano, hacédmelo un favor.

—Hablad, amigo mío, y si está en mi poder...

—Lo está; olvidad lo que he hecho por vos; no procureis volver á verme, y sobre todo nunca pronuncieis el nombre de mi señora.

—¿Cómo? ¿Desaprobaria acaso?...

—¡Oh! No es buena y generosa, y si le fuera dado, haria consistir su felicidad en proteger á los pobres y á los desgraciados; pero... temo comprometerla.

—Ya conozco, Juan, que practicando, casi en su nombre, una accion noble y generosa, quereis ocultarla á los ojos del mundo, á fin de que nadie dude de su fidelidad al monarca legítimo.

Juan se contentó con bajar la cabeza en señal de aprobacion.

—Vuestro deseo será sagrado para mí, prosiguió Felix; nunca procuraré veros; pero abrazadme al menos, y no olvideis que si algun dia sois desgraciado, siempre encontrareis en mí un verdadero amigo.

Los dos jóvenes se abrazaron tiernamente, y Juan se separó de su feliz protegido con los ojos arrasados en lágrimas.

Al llegar al palacio se acordó Juan del traje que llevaba, y no pudo menos de temer que lo notase la muger del portero. Esta le detuvo en efecto y le preguntó con malicia:

—¿Habeis vendido por ventura vuestro traje, ó lo habeis cambiado por el que llevais?

—Sí por cierto, contestó el jóven; era ya viejo el otro y este al fin tiene mejor ver.

—Así es la verdad, repuso la portera, pero se conoce que sois muy activo para comerciar, pues habeis salido á la calle al amanecer. Os advierto que si eso continúa, tal vez me verá en el caso de advertirlo á la señora vizcondesa, á la que, de seguro, no agrada vuestra conducta.

—Pues os equivocais de medio á medio, replicó Juan con aplomo, porque la señora vizcondesa nada tendrá que decir de resultados de vuestros informes.

Y hablando así entró en su habitacion, se quitó el traje del proscrito, y se puso uno de los suyos.

Sin embargo se le preparaba una tempestad en la porteria, donde llovieron las suposiciones contra él.

—¿De dónde ha sacado ese traje?

—¿A quién habrá pertenecido?

—¿Lo habrá comprado?

—¿Lo habrá...

No se atrevian á concluir; pero aseguraban que era preciso enterar á la vizcondesa de la conducta de su lacayo, en la primera ocasion que se presentase.

Esta ocasion no tardó en presentarse, porque era buscada con ansiedad: así que, el día siguiente por la mañana llamó la portera en la habitacion de la vizcondesa y Juan la anunció á su señora.

—¿Dices que quiere hablarme esa muger? respondió esta con tanto desden como admiracion. ¿Qué me quiere?

—Asegura que es una cosa muy importante la que desea comunicarnos.

—¡A mí! Pues bien; que te la comunique á tí.

Juan trasmitió esta orden, que desagradó á la que iba á acusarle.

—Imposible! murmuró la portera; cuando solicito hablar á la señora vizcondesa, es porque no quiero poner en vuestro conocimiento mi mensaje.

—Mi señora no puede recibiros, observó Juan.

—Muy orgullosa es por cierto para no querer admitirme, refunfuñó la portera: estos grandes señores arruinados tienen mas vanidad que los verdaderos ricos.

—Consiste en que no todos los ricos, no obstante su fortuna, pueden ser verdaderos señores. En una palabra, mi señora no quiere recibiros, y así os suplico que no insistais.

—Y eso os acomoda, ¿no es verdad, señor correton?

—Os engañais de todo punto, porque hoy mismo sabrá la señora vizcondesa el motivo de mis salidas matutinas; y como solo á mi ama debo dar cuenta de mi conducta, os pido que no os incomodeis por una cosa que no os interesa.

—Debeis saber, caballero jockey, que no estamos aquí para abrir y cerrar la puerta á todas las horas del día y de la noche.

—Tranquilizaos, señora portera, dijo el jóven, á quien había sorprendido el título de jockey, ya no tendré necesidad de llamaros á deshora para que me abrais la puerta en cumplimiento de vuestros deberes; mas hacédmelo ahora el obsequio de retiraros.

La buena muger se puso encendida como un tomate; sus ojos arrojaban fuego, y bajó á su escondite echando pestes contra los nobles y contra sus insufribles criados.

—¡Qué gentes! exclamaba. No tienen sobre qué caerse muertos, y se dan tanta importancia como unos príncipes. Vaya con la señora vizcondesa! que ocupa su habitacion de balde, y á pesar de todo se niega á recibirme. Verdaderamente me da lástima.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Muger, muger, la dijo el portero, la señora vizcondesa ha sido propietaria de este palacio antes de la revolucion; los nobles siempre son nobles y no estan acostumbrados á ocuparse en los pormenores de sus casas; los administradores y mayordomos lo hacen todo, y Juan es el mayordomo y el administrador de la señora vizcondesa.

—Administrador! replicó la portera con ira. ¡Buen administrador por cierto!

—Ese joven es muy inteligente, repuso el marido, y es mas adicto á su señora que lo son al propietario actual todos sus dependientes y criados: nunca habla de ella mas que para elogiársela, y otros solo abren la boca para murmurar de los que los alimentan: por consiguiente, no apruebo el escándalo que acabas de dar en el cuarto de la señora vizcondesa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

—Muger, no nos engolfemos en la política, porque es muy fácil que no lleguemos á entendernos. Prepara la sopa, que al fin es cosa mas útil y sustanciosa.

—¡Bah! Yo he nacido despues de la revolucion y no conozco á esas gentes.

Juan no sabia cómo vestirse para no tropezar con dificultades en las oficinas, cuando se acordó del trage que habia cambiado con Félix: lo sacó del cajon en que lo tenia guardado, se lo puso, y mientras dormia su ama, se dirigió al ministerio y solicitó hablar al secretario general.

—Imposible, si no estais citado, le contestó el uger de servicio.

—Decide que está aquí Juan, á quien hace quince años entregó su trage para que se lo guardase.

No bien hubo pronunciado el uger el nombre de Juan, cuando Félix salió de su despacho gritando:

—¿Donde está? ¿Donde está? ¡Oh! amigo mio! ¡Cuánto placer siento al veros! Perdonad, señores, anadió dirigiéndose á muchas personas que esperaban la hora de audiencia; debe pasar el primero, porque sin su auxilio no estaria yo aquí. En 1845 me salvó la vida.

Entraron ambos en el despacho de Félix y este le dijo: —¿Qué puedo hacer por vos, querido amigo? Pedidme lo que queráis, pues tengo bastante influencia para servirlos en todo.

—Nada solicito para mí, sino para mi señora la vizcondesa de V... que se ve arruinada por la muerte del conde de B... El conde habia señalado á mi ama una renta de cuatro mil francos, y hoy se encuentra sin recursos.

—Nada para vos... todo para ella... siempre sois el mismo; pues bien, os recompensaré segun deseais, y así puede contar la vizcondesa con una pension de igual cantidad, ó mayor si la deseais.

—¡Oh! Basta esa suma; pero se necesita un pretexto.

—¿Para concedérsela? Ya os he dicho que puedo mucho.

—No; para que la acepte.

—Eso queda de mi cuenta. Pero vos... ¿quáda queréis?

—Nada, nada; mientras viva la vizcondesa seré su criado.

—¿Os habeis casado?

—Sí, y hace quince dias que soy padre.

—¿Está ya bautizado vuestro hijo?

—Todavía no.

—¿Queréis que sea yo su padrino?

—¡Ah! ¿Qué mayor placer para mí? Mas os advierto que la vizcondesa va á ser la madrina.

Espero que en gracia de mi proscripción me perdonará mis opiniones políticas.

Juan manifestó su gratitud al que acababa de asegurar la existencia de la vizcondesa y de ofrecer generosa protección á su hija y trató de despedirse de él, despues de preguntarle adonde podia enviarle su traje.

—Me lo he puesto, le dijo, para que me conociérais mas fácilmente.

—No necesitaba verlo para recordar vuestros favores; yo tambien conservo el vuestro, porque abrigaba la esperanza de encontraros.

—Es decir que los cambiaremos hoy mismo.

—No; enviad mañana el mio á mi casa y yo haré que entreguen el vuestro al que me lleve el paquete.

De vuelta al palacio, refirió Juan á su muger lo que habia hecho y la benévola acogida que acababa de obtener de Félix.

Al siguiente dia entregó la portera á Juan un pliego con sello del ministerio y dirigido á la señora vizcondesa de V... El criado lo presentó á su ama diciendo:

—Señora... para vos...

—¿De donde viene? preguntó aquella.

—Del ministerio.

—¿Para mí? sin duda es alguna orden desterrándome de Francia. Abrelo y lee.

Juan obedeció y leyó lo que sigue:

«Atendiendo á los grandes perjuicios y enormes pérdidas que la revolucion ha ocasionado á la señora vizcondesa de V... se le concede una pension anual de cuatro mil francos.»

A esta orden acompañaba una carta, en la que se espresaba que el rey, antes de abandonar la capital, habia impuesto los fondos necesarios para esta pension.

La vizcondesa no pudo menos de enternecerse y derramar abundantes lágrimas.

—La Providencia ha inspirado al rey, exclamó. ¡Pensar en mí en medio de su desgracia! ¡Si pudiera volar á manifestarle mi reconocimiento! Pero la edad me impide salir de aquí...

Juan aprovechó aquel momento feliz para proponer á su señora para padrino del recién nacido el proscrito á quien habia salvado.

—Lo acepto con gusto, respondió la vizcondesa, pues será un apoyo para tu hijo; mi pension es vitalicia y yo soy muy vieja, al paso que él será todavía joven.

—Tiene unos cuarenta años.

—¿Y cómo lo has de encontrar?

—Ayer le ví señora... en la calle... por casualidad...

—¿Y te ofreció ser padrino del niño?

—Sí, señora, porque yo no me hubiera atrevido á proponerle...

—Pues bien; avísale cuando quieras.

Juan corrió á llevar á Félix su traje y recibió de él el que le pertenecía, con la promesa de ir de allí á dos dias al palacio en que vivia la vizcondesa para acompañar á esta y á su ahijado á la iglesia.

Mas ¡cuál fué la sorpresa de Juan, cuando al desdoblarse el traje, en su habitacion, halló en él una cartera que contenia mil quinientas libras de renta para su hijo!

—¿Qué es lo que he hecho yo para ser tan venturoso? exclamó lleno de júbilo:

Y su muger le contestó abrazándole:

—Amigo mio, una buena accion.

—Señor, ya hemos cojido la pista de los infames que han atentado contra la vida de V. M.

—¡Ah! exclamó Erico gozoso; al fin podré hacer un ejemplar, llevándolos al cadalso.

Todos los datos por nuestra policia recojidos vienen contestes en que han sido Boleslao y su cuadrilla los que han cometido el crimen.

—¡Boleslao y su cuadrilla! respondió el rey, ¿insistís en ese error?

—Estoy muy cierto de que ha penetrado esta noche en casa de Mansdotter, porque sabia que V. M. se hallaba allí, y como no conoce el temor ese atrevido ratero...

—No sabeis lo que decís, le interrumpió el rey. Boleslao, á quien conozco mejor que vos, no es un asesino...

—Pero si alguno menos valiente que él le hubiera pagado...

—Os repito que estais en un error. Existe entre Boleslao y yo un misterio que no tengo necesidad de revelaros... Nada tengo que temer de ese hombre.

El ministro, admirado de esta semiconfianza, miraba al rey con la mayor sorpresa, sin poder comprender las secretas relaciones que existian entre su soberano y un capitan de bandidos tan célebre.

Sus ideas se confundian, y le abandonaba su perspicacia.

—Es preciso que volvais á emprender vuestras pesquisas, caballero Person; pero ante todo recomendad al jefe de la policia el silencio sobre lo que ha visto en la taberna de la Reina hace algunos dias. Si pronunciasse una sola palabra sobre ese asunto, si se le escapase el nombre del gran personaje que allí se hallaba, me propondreis inmediatamente su destitucion.

—Pero, señor, balbuceó el ministro, para preparar acertadamente mis operaciones es preciso que sepa...

—Solo sabeis lo que descubrais, caballero; y hasta ahora bien poco habeis descubierto.

El ministro enmudeció.

El médico, que ya conocemos, entró á la sazón en el gabinete.

—¡Ah! ¿sois vos, doctor? le dijo Erico vivamente; ¿cómo sigue?

—Muy bien, señor.

—¿Me respondeis de su vida?

—Como de la de V. M. Las heridas no son peligrosas, y el júbilo de que se halla poseida la hará curar mas pronto, aun cuando lo manifiesta con espresiones demasiado exaltadas.

—Me haceis mas feliz que es ella en este momento, dándome esa buena noticia. Caballero Sacken, quiero veros todos los dias á esta hora, para que me deis noticias de su persona... ¡ah! esperad un instante.

Sentóse el rey delante de la mesa, y despues de escribir en un papel, añadió dándosele al doctor:

—Llebad de mi parte al padre de Catalina este real decreto que le nombra administrador de mi casa de recreo de Rosendal, y que vaya á establecerse en ella con la señora Mansdotter, mientras su hija recobra la salud. Decidle además que esta es desde hoy dama de honor de mi hermana Isabel.

—Será preciso escojer con tino el momento en que debo anunciarla tan distinguido favor, porque creo necesario no escitar con nada su esquisita sensibilidad.

—A vuestra prudencia lo encomiendo, señor doctor, pues he oido decir que es tanta como vuestro saber. Adios.

El médico y el ministro se alejaron juntos.

Un instante despues oyóse una confusa vocería en la antecámara, y un guardia se presentó, anunciando al rey que, á pesar de su oposicion, el príncipe Juan se obstinaba en entrar.

Súbbito apareció un hombre de estatura elevada, uno de esos colosos del Norte, de que es Pedro el Grande el mas gigantesco tipo que nos ha quedado. Sus erizados cabellos eran de un rubio bastante claro, y sus espesas cejas, reunidas por la cólera que arrugaba su frente, cubrian sus ojos, que revelaban mas audacia que inteligencia. En este momento el furor le daba un aspecto tal, que parecia emanada su ira de un pensamiento terrible.

—Hermano, dijo este hombre adelantándose al rey, vengo á pedir el arresto de vuestro capitan de guardias.

—¿El arresto! ¿qué ha hecho para merecer tan duro castigo?

—Señor, ha tenido la insolencia de ponerme la espada al pecho, para impedirme que penetrara hasta aquí.

—Era esa su consigna, hermano mio.

—No debe tenerse en cuenta la consigna con los príncipes de la sangre. Ya he castigado como merece á ese insolente.

—¿Por Lutero! dijo el rey, ¿qué le habeis hecho?

—He roto su espada y abofeteado su rostro.

—¿Scita feroz é indomable! gritó Erico ¿quereis apurar mi paciencia con vuestros coléricos arrebatos? Príncipe depravado, cuyos excesos nunca he podido reprimir ¿será preciso que olvide mis afecciones, y rompa los lazos fraternales que á vos me unen, para haceros volver á la razon? Al daros la fuerza del toro, el corazon del tigre, el talento de las bestias, y al haceros nacer tan cerca del trono, ha cometido un gran error la naturaleza, porque no comprendéis ni las conveniencias sociales, ni la dignidad de vuestra posicion.

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPÍTULO VI.

El príncipe Juan.

—¿Qué tenemos, caballero Person? dijo el rey al ministro que acababa de entrar. ¿Qué habeis descubierto con las noticias que os di?

—¿Qué tenemos, caballero Person? dijo el rey al ministro que acababa de entrar. ¿Qué habeis descubierto con las noticias que os di?

—¿Qué tenemos, caballero Person? dijo el rey al ministro que acababa de entrar. ¿Qué habeis descubierto con las noticias que os di?

—¿Qué tenemos, caballero Person? dijo el rey al ministro que acababa de entrar. ¿Qué habeis descubierto con las noticias que os di?

El oficial que acababa de ser llamado por el rey, entró en la habitacion dando visibles muestras de sobresalto.

—Acercaos, acercaos, señor de Woden, le dijo Erico con bondad. Acabais de ser insultado en el ejercicio de vuestras funciones, por haber hecho respetar mis órdenes, y no me-



El ladrón de la corte.

receis mas que alabanzas; pero el que le ha ofendido tan gravemente ¿qué pena merece, príncipe Juan?

—No tengo que responder á esa pregunta, hermano, dijo Juan con desprecio.

—Voy á hacerlo por vos, caballero. Cuando un hombre de vuestro rango ha pretendido deshonorar á un inferior por un insulto de que no puede obtener reparacion alguna militar, es legal y justo que el que ha cometido el error lo reconozca dando sus excusas...

—¡Escusas! gritó el príncipe con furiosa exaltacion. ¡Jamás! ¡jamás!

—Es preciso que esas excusas le sean dadas, añadió Erico en el mismo tono. Ved, Juan, que solas tres personas esta-



El ladrón de la corte.

mos aquí, y que Mr. de Woden, una vez satisfecho, á nadie dirá eso que vos llamais una bajeza, y yo una accion honrosa. Ceded pues á mi deseo, y esto acabó.

—¡Antes morir que humillarme tanto! respondió Juan lanzando una imprecacion. Habeis dicho, hermano mio, que

era imposible una reparacion con las armas en la mano; ¡pues bien! yo que soy fed-mariscal, y tengo el derecho de castigar á todos los oficiales de vuestro ejército cuando me plazca, accedo á batirme con el capitán si se cree ultrajado.

—Príncipe, replicó el rey, perdeis la razon. Un duelo con Mr. de Woden seria un duelo conmigo, pues no ha hecho mas que obedecerme. Si le habeis insultado porque mis órdenes cumplia, es á mí solo á quien osa atacar vuestra locura...

—No comprendo esas sutilezas: estoy dispuesto á batirme, y me batiré.

Esto diciendo tiró Juan de su espada, y como un maton dirigióse frenético á su adversario, que permanecia inmóvil mirando al rey.

—Deteneos, dijo Erico. ¿Quereis asesinarle después de haberle desarmado?

—¡Que le den otra espada! gritó fuera de sí. No permito que salga de este gabinete sin batirse.

El ruido que armaban habia sido escuchado por Sofia y Carlos, el hermano segundo de Erico, que entraron apresurados en el gabinete.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? exclamó Sofia conmovida.

—¡Una espada dirigida contra el rey! añadió Carlos.

—¡Contra mí, no, hermano mio; pero sí contra uno de mis mas valientes oficiales; y por este oso de Finlandia, que no repara en injusticias, y á quien no convencen razonamientos! le interrumpió Erico.

—Ha errado sin duda cuando vos le juzgais así, añadió Isabel, que acababa tambien de entrar. Vamos, mi querido Juan, mi buen hermano, someteos á la voluntad de nuestro soberano, puesto que estais obligado á obedecerle.

Aunque estas últimas palabras fueron pronunciadas con cierta ironía, nadie paró en ello la atencion.

—¡No cederé! exclamó Juan con energia.

—Mr. de Woden, dijo friamente el rey, mandad entrar aquí á todos los oficiales que estan de guardia en palacio.

El capitán salió para irlos á buscar.

—¿Vais á ordenar algun atentado contra mi persona? dijo Juan.

—¡Ah hermano mio! añadió Isabel, no vayais á dar á la Suecia por una causa tan fútil un nuevo y peligroso ejemplo de la division que reina en nuestra familia.

El rey, que se habia sentado, no respondió.

Sofia y Carlos se unieron á su hermano para suplicar á Erico que no diese un escándalo: pero todas sus súplicas fueron escuchadas y acojidas con el mas completo silencio.

—Señor, os dejo, para que después de reflexionar juzgueis cual de los dos es el culpable; y no volveré hasta que las puertas de vuestro palacio me sean libremente abiertas, y no tenga que recelar una humillacion.

Pero el rey levantándose:

—No saldreis, príncipe Juan, gritó; os lo impido formalmente.

—¿Soy ya vuestro prisionero? respondió Juan deteniéndose.

—Puede ser.

El mayor y los oficiales, acompañados por el capitán Woden, entraron en el gabinete.

—Os he invitado poco há á confesar entre nosotros vuestra falta, príncipe; pero no habeis querido satisfaceros ni al capitán ni á mí, y se ha agravado ya por vuestra tenaz resistencia. Es pues preciso que sean mas públicas las excusas que os he exigido, y que se aumente por consecuencia vuestro castigo con la vergüenza que antes os queria evitar.

—¿Consentís en confesar vuestros errores?

—¡No! respondió Juan. Soy príncipe; soy superior de ese caballero en graduacion militar, y no le debo dar esplicaciones de...

—Oficiales, dijo el rey con calma, pedidle al príncipe Juan su espada.

A esta órden tan terminante la mas viva ansiedad se pintó en los rostros de todos los príncipes y princesas.

—Fracasaron nuestros planes, murmuró Isabel al oido de Carlos.

—Dejadle hacer, hermana mia, replicó este último: ¡la venganza será terrible!

—Entre tanto, dijo el rey paseándose en su gabinete, que se abran todas las puertas, y que los soldados de mi guardia suban por las galerías hasta aquí.

En seguida trescientos hombres penetraron en las vastas salas que precedian al gabinete, y habiendo sido abiertas las tres mamparas que las cerraban, fué la guardia admitida á ser testigo de la escena que iba á pasar.

Erico, situándose en el centro, dijo á los soldados:

—Amigos míos, os han insultado inmerecidamente en la persona de uno de vuestros mejores oficiales, y el autor de este ultraje es mi hermano el fed-mariscal Juan. Yo he querido reuniros para que presenciéis la reparacion al noticiarios la afrenta. Ya comprendereis por esto que la justicia puede mas en mí que los intereses de familia, mas que las afeciones íntimas, y cuánto respeto me inspira el honor de un ejército que tantas pruebas de amor me ha dado y que moriria fielmente por mí.

—Ahora, hermano mio, añadió el rey á media voz, dirigiéndose al príncipe Juan, solo os restan dos partidos que tomar: ó someteros, ó partir en el acto á la fortaleza de Orbyhus... Elegid.

—Ceded, ceded, hermano mio, dijo Isabel en voz baja; nuestra gran reunion os dará mas que lo que hoy podeis perder.

—Cedo pues, respondió Juan á su hermana; será una mancha mas en la historia del tirano.

El príncipe, adelantándose con halagüeño ademan á Woden, le dijo con un tono franco que sorprendió al mismo rey:

—Capitán, siento en el alma haberos ofendido, y os ruego que me perdoneis.

—¡Ah, príncipe mio! dijo el capitán, yo accedo á todo lo que me pedis, y os ruego que olvideis...

—Bien, muy bien, interrumpió el rey. Juan, dadme la mano.

—De todo corazon, hermano mio.

Y las dos manos se enlazaron.

—Ved, Juan, añadió Erico en tono alegre, ved cómo los arrebatos de cólera dejan siempre huellas en pos de sí. Vuestra mano se ha lastimado al romper la espada de Mr. de Woden.



El ladrón de la corte.

—¿Pensais, señor... baluceó turbado Juan. No creo que esa sea la causa...

—¿Y cuál otra podia ser? añadió vivamente la princesa Isabel; la herida está aun ensangrentada...

—Si, sí, teneis razon, hermana mia, continuó el príncipe, estaba equivocado...

—Mr. de Woden, espero que no conservareis ningun resentimiento por lo que ha pasado, dijo el rey. El capitán de mi guardia no tendrá de hoy en adelante que indisponerse con nadie, porque le anuncio que está nombrado mayor.

—Juan, continuó Erico, estais libre. Adios, hermanas mias. Señores, dejadme solo.

Todos se alejaron respetuosamente.



El ladrón de la corte.

—He dado un magnífico golpe de estado, pensó el rey. Mi querida Catalina, he recordado tus consejos... que busquen ahora mis hermanos apoyo en el ejército... ¡Ah! no han adivinado el objeto de esta imprevista escena...

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.